

AA. VV.

Un mundo nuevo

AA. VV.
Un mundo nuevo

www.edicioneseldraco.com



Un mundo nuevo

© DE LOS TEXTOS, SUS AUTORES

© DE LA FOTOGRAFÍA DE PORTADA, CHINITA

EDICIONES EL DRAGO

www.edicioneseldrago.com

info@edicioneseldrago.com

EDICIÓN PERMANENTE, 2022

ISBN: 978-84-122485-6-2

DL: M-31987-2020

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: MONTAÑA PULIDO CUADRADO

IMPRESO EN ESPAÑA – *Printed in Spain*

La reproducción parcial o total de este libro, mediante cualquier medio, vulnera derechos reservados. Queda prohibida toda utilización del mismo sin el permiso previo y explícito de los editores.

**ESTE LIBRO HA SIDO PUBLICADO GRACIAS
A LA CONCEJALÍA DE BIENESTAR SOCIAL,
CALIDAD DE VIDA Y DROGODEPENDENCIAS
DEL AYUNTAMIENTO DE LA LAGUNA.**



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE
SAN CRISTÓBAL DE

LA LAGUNA



AYUNTAMIENTO DE LA LAGUNA

BIENESTAR SOCIAL Y CALIDAD DE VIDA

NOTA DE EDICIÓN: hemos respetado la forma de escribir de cada uno de los autores/as sin intervenir en correcciones de estilo para conservar su manera de expresarse.

PRÓLOGO

Los libros muchas veces contagian una magia muy especial, la que nos permite trasladarnos a otros lugares y mirar el mundo a través de los ojos, el corazón y la mente de quien convierte sus vivencias o sus sueños en palabras. Un ejemplo perfecto de este efecto mágico son las escrituras de memorias de vida y este librito.

Hace unos meses lo pudimos comprobar con la presentación de la obra *Laguneros noveleros*. Autores y autoras relataron en sus propias palabras historias de su infancia y juventud. Nos llenaron la imaginación de tiempos vividos, de celebraciones y de algunas tristezas que fueron afrontadas y les dieron más fuerza. Compartieron con generosidad su propia memoria, parte de esa memoria histórica colectiva que nos hace lo que somos en este siglo **xxi**.

En este nuevo libro seguimos comprobando el milagro que ejerce gracias al acompañamiento de la Escuela Literaria. Su buen hacer es una vereda segura, que facilita realizar este reto, contando con alguien que sigue tus progresos, te ofrece claves y herramientas que permiten que

las ideas se hilen con brillantez, que los recuerdos fluyan ligeros sobre las páginas en blanco.

De forma participada La Laguna preparó y aprobó un Plan de Mayores, con el objetivo de convertirnos formalmente en Municipio Amigable con las Personas Mayores. Gracias a ese documento tenemos una hoja de ruta clara, realizada por las propias asociaciones que representan a esa población de más de 60 años que vive en Agüere. Uno de los ejes de trabajo clave es la puesta en valor del legado y el ejemplo colectivo que suponen estos laguneros y laguneras, que con su vida y su trabajo han aportado mucho para que hoy vivamos mejor. La memoria de una comunidad forma parte de esta puesta en valor, estos libros, además de otros que hemos ayudado a nacer, que relatan las historias de mayores de zonas como El Batán, San Diego, San Benito o Valle de Guerra. Todos forman parte de una auténtica biblioteca de vivencias y experiencias humanas, que crece poco a poco. Estoy muy orgulloso de haber podido formar parte de quienes impulsan la realización de estos materiales, que conforman libros con vida propia, con un valor añadido inmenso por el gran legado colectivo que reflejan.

Estoy seguro que van a disfrutar cada relato, hay mucho amor y pasión dentro de ellos. Posiblemente en unos años, en el Agüere del futuro, podremos asomarnos a estas vivencias y contemplarlas como un retrato nítido de momentos humanos que explican nuestra propia evolución como municipio o como sociedad. Algún día de ese futuro, en ese nuevo mundo, en el que tal vez ya no estemos, alguna persona de abrirá estas páginas y leerá, con la misma claridad

que podemos disfrutar ahora esta pequeña pinacoteca de memorias, el alma y las experiencias de cada persona que ha hecho posible estos textos.

RUBENS ASCANIO GÓMEZ,
Concejal de Bienestar Social y Movilidad Sostenible del
Ayuntamiento de La Laguna

UN MUNDO NUEVO

Los creadores/as de este libro son laguneros/as nacidos o adoptados por la ciudad. 30 autores/as que narran las historias de sus vidas y que saben conmovier hasta en este nuevo mundo. Nadie se queda atrás. Con la lectura de sus experiencias, las nuevas generaciones desecharán el posible resentimiento y esencialmente disfrutarán de las historias de este libro porque estos textos suponen una regresión privada que sirve como aprendizaje para arrancar juntos hacía el futuro, hacía un nuevo mundo que también a los mayores les pertenece por tiempo y por respeto a su sabiduría.

Historias de vida para deleitarse con el picoteo de vivencias que les dejarán saciados de amor, solidaridad, lealtad, miedo y alegría. Se van a reír y van a llorar porque han sido tan considerados con sus recuerdos, tan ágiles y sabios con la palabra que la lectura de este libro les va a calentar el corazón.

La Laguna enamora por sus riqueza monumental, histórica y académica, enamoran las tascas, los coquetos restaurantes y las tiendas, pero enamoran sobre todo estos autores/as

porque conservan el porte risueño y el agua retenida en sus ojos desde su juventud. Les brilla la mirada y las palabras.

Sus utopías están escritas aquí, sus ilusiones plantadas en los veredes de los tejados, sus penas ya llovidas con palabras. Ahora queda el bienestar del trabajo bien hecho, el bienestar del objetivo cumplido o no, pero no veo rencor ni animadversión, sí siento a leerles, verdad sin nada de ñoñerías. Leo una buena cosecha de hombres y mujeres hechos a fuego lento, a latidos de corazón experto.

La buena letra con ganas entra, y ellos/as se apuntaron a las clases de Escuela Literaria, para aprender los secretos de la Literatura. Y por eso, acudieron a la llamada de la Escuela y de la Concejalía de Bienestar Social del Ayuntamiento de La Laguna, porque todo lo que sale de ese horno institucional es delicatessen social, ayuda, generosidad y escucha. Gracias, ya de paso, a Rubens y a su equipo, por estar ahí al pie, al corazón y a la cabeza.

Gracias, queridos/a mayores por seguir dándonos ejemplo en este nuevo mundo, y por darnos a leer un poquito del bello patrimonio que son sus vidas.

ANTONIA MOLINERO,
Profesora del Curso de Escritura de Memorias y
Directora de la Escuela Literaria

PRIMERA CONVOCATORIA

DE LLANERA A CORNUDA

De grandes zafarranchos nada de nada; sí que recuerdo a una introvertida, pero comedida joven participando en contadas celebraciones de la familia política, algunas de ellas podrían ser tan aburridas que aún me veo allí sentada viendo parejas mayores con aires de aristócratas y miradas «escudriñantes» bailando pasodobles, ¡por favor que sirvan pronto la cena para irme! ¡Qué paliza! No fue el caso en aquella fiesta de pueblo allá por los Llanos orientales colombianos donde las cabalgatas son las protagonistas y la gente, qué gente por Dios, con tanto ánimo que te contagian, y además parece que embrujan con sus joropos, mamolas, aguardiente y un largo etcétera que terminas sintiéndote como un llanero más y es lo que me pasó, terminé montada sobre Palomo, aquel grande noble y manso caballo blanco, en el que hice alarde de gran amazona como las locales, fue increíble, disfrutaba de tal sensación de libertad de ver todo desde esa altura, por lo general debo mirar siempre hacia arriba, imagino que los chupitos de aguardiente también hicieron lo suyo. Lástima la rama que se me atravesó en el camino y me hizo bajar de la nube, pero no del caballo, qué conste, mantuve intacto mi orgullo aunque no mi frente y menos mal que alguien, cuyo dolor no me permitió ver, me

recuperó el sombrero que buena falta me hizo para ocultar aquel enorme chichón que parecía un cuerno a prueba de la inexperiencia... o de la infidelidad de mi entonces marido.

BEATRIZ BOLÍVAR VILLARREAL

MIS PENDIENTES

Hay objetos que tienen una carga emocional tan intensa que te hace apreciarlos de manera especial. Es eso lo que me pasa con mis primeros pendientes.

Mis abuelos maternos, Flora y Pepe, se casaron muy jóvenes. Ninguno de los dos tenía padre, sus madres viudas habían sacado adelante a sus respectivas familias solas y con gran sacrificio.

En la noche de bodas Pepe se sentó a los pies de la cama junto a su mujer y le dijo de manera solemne:

—Flora, vamos a prometernos que nunca nos faltaremos el respeto, ni con palabras ni con hechos. Y esa fue la clave de su largo y feliz matrimonio: respeto y amor.

Corrían tiempos muy complicados, sí que tuvieron muchos problemas económicos, necesidades y carencias materiales. La ilusión de los dos era tener una casita propia, vivieron de alquiler en varias viviendas o en casa de familiares. Tuvieron cinco hijos, dos varones y tres chicas. Mi abuelo trabajaba de sol a sol en lo que salía, en las tierras de familiares, de cañero, construyendo una pista del aeropuerto de

Los Rodeos. Mi abuela, por su parte, estuvo desde pequeña de sirvienta con la familia del cura del pueblo. Aprendió el oficio de cocinera, hacía comidas por encargo para la gente rica del pueblo, deliciosos rosquetes y truchas de batata que mi madre vendía a la salida del cine Unión en el Ramal los domingos por la tarde.

Pasa la década de los cuarenta con muchas dificultades económicas, y ante la precaria situación mi abuelo decide emigrar. Compra un pasaje con ayuda de su familia y embarca rumbo a Venezuela en el trasatlántico Santa María en 1952. Aquí se queda mi abuela con sus cinco hijos. Tenían un pequeño horno de leña en casa en el que horneaban a diario el pan que amasaban de madrugada ella y su hijo mayor. Mi madre todas las mañanas salía a venderlo cargando la cesta repleta a la cabeza desde Tejina a Valle de Guerra.

Mientras, al otro lado del Atlántico, mi abuelo Pepe trabaja duramente. Para él lo más difícil es la lejanía de su adorada Flora y de sus hijos. Sus cartas son el mejor y único consuelo, a pesar de que algunas traen malas noticias como la repentina muerte de su madre a la que no vio más. Otras le hacen feliz como el matrimonio de su hija mayor, mi madre, y la próxima llegada de un nieto. Pasados los meses llega una misiva que lo alegra enormemente, dentro trae la foto de su primera nieta que le hace sentir el inmenso cariño de abuelo orgulloso. Con algo del dinero que tiene ahorrado le compra unos pendientes de oro en forma de orquídea que hoy conservo.

Pasados unos diez años volvió de Venezuela a su querida isla. No trajo más que el dinero suficiente para construirse una pequeña vivienda, la anhelada casita que soñaban desde jóvenes y en la que los nietos disfrutamos muchísimo. La casa de abuela siempre era un refugio especial, lugar de reuniones, fiestas, juegos en la calle con la pandilla de niños vecinos y algún que otro llanto a la hora de decidir quién se quedaba a dormir en las noches de verano.

Este primer regalo es para mí el mayor de los tesoros, especialmente por lo que significa, el cariño de un abuelo, el sacrificio de una pareja para lograr un sueño, el dolor del que emigra al dejar atrás a los seres queridos, la valentía del que se enfrenta a una nueva y desconocida tierra para abrirse camino, pero, sobre todo, mis pendientes me enseñaron que el respeto es la receta fundamental del AMOR.

ESMERALDA FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

EL SOMBRERO DE LUIS

Él era músico, lo era desde pequeño. Él era ritmo, él era baile. La primera vez que bailó en público en solitario llevaba un sombrero. Se movía en todas las direcciones y hacía piruetas, pero el sombrero no se separaba de su cabeza.

Creció y le regalé su sombrero, se hicieron inseparables. Lo llevaba en sus momentos más importantes como en la fiesta de su graduación de bachillerato, cuando pinchó en Madrid sus composiciones electrónicas, y en todas las fiestas con sus amigos.

Para Luis, ponerse el sombrero significaba inspiración. Le hacía conectarse con su parte más creativa, más divertida. Le hacía distinguirse de los demás. Él era alto y el sombrero coronaba su figura. Le servía para compartir con las demás risas, estilo, caricias. Él no usaba el sombrero para protegerse del Sol ni de la lluvia, no usaba el sombrero para ocultar un mal peinado o una mala cara, tenía una amplia sonrisa que lo iluminaba todo. Lo colocaba detrás de su flequillo y muy atrás en su coronilla.

Por supuesto, como todo chaval de su edad usaba las redes sociales como forma de comunicarse y su plataforma para exponer su música. Su imagen de portada es su busto de perfil con su sombrero.

Llegó el momento de partir hacia Quito, le esperaba su Erasmus como ingeniero de sonido en una Universidad excitante con todos los medios a su alcance. Compuso su primer disco, pero necesitaba su sombrero para la presentación, y yo se lo llevaría porque lo olvidó en casa al despedirse de mí.

Se lo llevaba en la maleta el día que viajaba a su encuentro. Y entonces sonó esa llamada fatal que tomé por una equivocación y que no podía creer. Luis acaba de morir después de ser atropellado en una acera del centro de la ciudad por un chaval de su edad que conducía ebrio. Se lo puse por última vez sobre su cadáver.

INMACULADA TORIBIO ORTEGA

VOLVER A EMPEZAR

Estuve tres años en un colegio de religioso, en los Hermanos de La Salle, allí había un ambiente agradable, lleno de camaradería y compañerismo, hice buenos amigos que aun hoy en día conservo. Pero un cierto día llegué a casa y le dije a mi padre que no quería ir al colegio, y que no quería estudiar más, mi padre me pregunto el porqué, todo extrañado, ¿Qué te pasa, por qué no quieres ir al colegio? Le dije por nada papa, no quiero seguir yendo al colegio, y por más que me preguntaba y repreguntaba nunca le dije por qué.

Aquella noche no me podía dormir, pensaba que si le daba explicaciones a mi padre él iría al colegio a intentar averiguar las cosas que me pasaban y yo, lo que no quería era estudiar. Así que mejor mantener la negativa sin dar explicaciones de momento.

Efectivamente, al día siguiente, mi padre se presentó en el colegio para tratar de saber que me había pasado, o cual era el motivo o motivos de mi abandono escolar. Nadie le dio razones ni explicaciones de la causa de mi abandono, los profesores le comentaron que me veían bien, e integrado, sin problemas aparentes.

Ya por la noche en casa, me llamo mi padre y comienzo de nuevo el interrogatorio, me aconsejaba que debiera estudiar para que el día de mañana fuera un hombre de provecho, para que tuviera una profesión y me ganara la vida y no como él, «sorrobollado» en medio de las tierras y de los cultivos de tomates. Mi padre era el encargado de aquella finca y me dijo: «mañana te vas a levantar junto conmigo que tienes que ir a trabajar». «Bien de acuerdo», le dije.

Yo tenía once añitos casi doce, me llevo a trabajar a una cuadrilla de hombres, a quitar piedras de las tierras de cultivo para plantar tomateros. Allí estuve quince días de muerte. Llegaba a casa, y mi madre lloraba al verme, traía los labios reventados, la piel curtida por el viento, los ojos en carne viva por la polvareda. Mi padre siempre me ponía en los peores trabajos que tenía, trataba de que yo desistiera de mi empeño, pero no lo conseguí. Yo seguía aduras penas, adaptándome, me ponía a cegar alfalfa con una hoz, en cuclillas, y cuando no podía más, lo hacía de rodillas, así pasaba las ocho horas de la jornada laboral. Llegaba a casa muerto de cansancio.

Me ponía a pensar allá en la soledad y para mis adentros; ¿y si dejara el trabajo y volviera al colegio de nuevo? No, esto no me resulta, por que volvería a encontrarme de nuevo con el mismo profesor que me pegaba, aquel que de un bofetón me tiro de la tarima al suelo y me rompió el labio. No, porque me volvería a encontrar con aquellos que me acosaban en el patio del recreo y me amenazaban en clase. No, porque entonces no tendría dinero para comprarme una bicicleta como mis primos, lo mejor será seguir trabajando.

Mi padre falleció de infarto, un Viernes Santo por la mañana. Él tenía mucha tristeza porque no se había cumplido el sueño que anhelaba para mí, que estudiara, era su ilusión, yo era el único hijo varón, y en aquellos tiempos las chicas, mis hermanas no hicieron carrera. Aquel día de la muerte y estando en cuerpo presente, le hice una promesa, que volvería a estudiar y pondría todo mi esfuerzo, tesón y perseverancia, para llegar a obtener una carrera universitaria, como así fue. Con ello mi padre descansa en paz, y yo comencé una nueva vida, fue un antes y un después.

JOSÉ LUIS MORENO ALEMÁN

EL DESPERTAR DE UNA VIDA TRISTE

Recuerdo que vine a La Laguna en el año 1977, no sé si era el mes de septiembre u octubre, pero lo que sí recuerdo es que era un día gris con llovizna y cuando iba hacia el piso que alquilamos en barrio nuevo sentía tristeza por mi familia, mi barrio y mi pequeño pueblo, pero a la vez ilusión y curiosidad.

Compartía el piso con dos hermanas, una hacía económicas y el otro diseño, y una pareja amiga mía. Él era un poco mayor que nosotros, hacía aparejadores y su novia relaciones laborales. Los chicos podíamos coger el teléfono después de las nueve de la mañana y antes de las nueve de la noche pues ellas no querían decirles a sus padres que en el piso había dos chicos y mucho menos una pareja. El teléfono tenía un candado que había puesto el dueño, o sea solo se podían recibir llamadas. Aún recuerdo cuando quería dirigirme a alguien la de colas que tenía que hacer en las cabinas entre los chubascos y un frío que me destrozaba los huesos.

La pareja y yo militábamos en la misma organización y los viernes por la tarde, junto a otras personas, salíamos por

los barrios periféricos a repartir propaganda y a hablar con la gente, nunca dejaba de tener frío y aquello que viví en el instituto se triplicó así que pronto abandoné la nostalgia.

Conocí a gente de las siete islas e hice varios amigos/as todos estábamos involucrados en algo social aparte de los estudios, las juergas nocturnas tocando y cantando con una guitarra fuera de magisterio en el campus, Plaza del Adelantado y otros lugares. Íbamos a veces haciendo autostop al Puerto. Las tardes a menudo en el Benjamín donde la mayoría de la clientela era de organizaciones de izquierdas, el vino con vino y los manises en Artillería, el humo de las castañas, las manifestaciones masivas reivindicando la bajada de tasas universitarias y otras cosas más. Las obras de teatro en el Paraninfo, los bailes en el Colegio Mayor San Fernando, mis charlas con don Pepe, Paco el cocinero del San Fernando, mis tardes en la tienda de Monsi el Elefantito. Era como la barbería de mi padre en pequeño, él siempre ponía de fondo música de jazz mientras atendía a la clientela y nosotros charlábamos, mis primeros canutos donde no parábamos de reírnos y decir estupideces en algunos bares donde había más permisividad, los conciertos en vivo en El Búho con Pedro Guerra, Polo Ortí, entre otros.

Nunca olvidaré mi primera mala experiencia cuando una compañera de piso llegó llorando. Eran las cuatro o cinco de la tarde y le dije: ¿qué te pasa? Y me contestó que en la escalinata de la universidad habían matado a un chico estudiante de biológicas con un francotirador desde un balcón y ella me dijo: no Pablo, hay una verdadera batalla campal. Yo estaba preocupado por mis compañeros de piso y

los acontecimientos que poco a poco fueron llegando. Los días estaban grises y los acompañaban nuestros corazones por la tristeza y la impotencia, las calles estaban llenas de GEOS, fue un 12 de diciembre las clases decidieron suspenderlas hasta después de Navidad y al vernos unos a otros con nuestros rostros ya lo decíamos todo. Afortunadamente el tiempo ha hecho un poco de justicia. Hoy tiene una placa a la entrada donde fue asesinado y un parque con su nombre. Eso no le devuelve su joven vida e ilusiones, pero sí el recuerdo de que aún existía un sistema represivo, y eso que ya se habían celebrado las primeras elecciones parlamentarias.

Me da mucha alegría cuando recuerdo con mi anorak mis paseos solo por el casco antiguo, el tejado de las casas con sus verodes, las sensaciones viendo entrar a las ancianas a la catedral, la inspiración que sentía pasando por Camino Largo, mientras caminaba hacia las Mercedes, ver la hierba crecer con sus amapolas por el centro, y mariposas blancas volando. Cuando mi imaginación se disparaba me sentía como un personaje de *Alicia en el país de las maravillas*.

Esas son las sensaciones de mi vieja y presente Laguna. En los momentos más amargos por la pérdida de mis seres queridos, las piedras de mi calle donde viví la infancia y adolescencia junto a la vieja Laguna son las manos que mecen mi cuna para callar mi tristeza y hacerme sonreír diciéndome paralelamente que aún hoy hay un mañana.

Pablo Manuel Rodríguez Lorenzo

UN MUNDO NUEVO

Mi abuela Juana nos contaba que cuando llegó el primer aparato de radio al lugar donde ella vivía, en La Palma, hubo personas que iban a verlo y miraban detrás para ver quién hablaba y, al no ver a nadie, alguien dijo que estarían dentro y que serían muy pequeñitos. Mis primas y yo nos reíamos de esta historia.

Después llegó la televisión y, por la edad que tengo, recuerdo la primera que llegó a mi casa. Y de nuevo otra historia de otra persona mayor que le pedía a sus nietos que fuesen educados y contestaran al saludo de «esa gente». Ella contestaba a las buenas tardes o noches con que los presentadores iniciaban sus programas. Y de nuevo la gente joven se reía de lo que decían algunos de sus mayores.

Tras la llegada de Internet tenemos otro mundo nuevo. Aprendí a manejarlo en él a base de cursos. Pero este mundo nuevo cambia rápidamente y lo aprendido se queda obsoleto de hoy para mañana.

De este mundo nuevo destaco la inmediatez, la interacción y el poder llegar a cualquier lugar del planeta. Así podemos

establecer contactos, intercambiar opiniones, tener acceso a información, juegos, amores, cultura... El enriquecimiento que nos proporciona no creo que necesite explicación.

Pero hay un apartado de esa expansión de internet para el que he llegado ya mayor. Las redes sociales (RRSS) es un aspecto que me resulta difícil de entender. ¿Qué hace que miles o millones de personas sigan, casi diariamente, los actos cotidianos que otras personas publican? Alguien mostrando como se levanta, se viste o se desviste, come..., o haciendo ostentación de sus posesiones consigue que mucha gente conecte con él o ella y pueda convertirse en una *influencer*, que la publicidad usará rápidamente para aumentar las ventas de cualquier producto y ese o esa *influencer* su cuenta bancaria.

Incluso las personas que no tenemos RRSS nos enteramos de algunos datos pues se convierte en noticia en medios tradicionales de información que un niño gane millones de euros al año o que otra persona sea la que tenga más seguidores.

Y, casualmente, cuando empecé a escribir estas líneas, leí un ensayo de Sergio del Molino hablando de este tema. Hago más sus palabras: «el mundo antiguo en el que me eduqué funde en negro con mucha más lentitud de lo que parece, mientras el mundo nuevo avanza más despacio de lo que proclaman sus profetas».

MARÍA DEL CARMEN HERNÁNDEZ ARMAS

EL ARCÓN DE MI CASA

El Arcón de mi casa tiene historia familiar y personal. Mi padre fue administrador en su trabajo, pero era un artista con la madera como ebanista, y de ese arte hizo su *hobby*; el cual disfrutamos su familia y amigos creando una unión entre los orígenes laguneros de arraigo histórico entre los González y los Trujillo a través del Arcón.

La familia de mi madre, los Trujillo, fueron cerrajeros y herreros de profesión. Por eso la cerradura del Arcón fue hecha por mis tíos por encargo de mi padre utilizando hierro repujado, y la llave de la cerradura todo al estilo del siglo XVIII.

El taller de mi abuelo Lorenzo se ubicaba en la parte trasera de la casa de la familia Lercaro que da a la calle los Álamos donde hoy se encuentra la exposición de los coches de la familia Navas. En La Laguna encontramos muchas rejas y piezas de cerrajería trabajadas por mi abuelo Lorenzo y mis tíos que son de alto valor histórico.

El Arcón presenta las huellas de la hermosa talla realizada por mi padre, es un proceso de desgaste y pulido sobre la

madera de caoba en forma de rosetones que se puede disfrutar en las fotos.

Los fines de semana en nuestro hogar, mi padre pasaba horas en su taller de carpintería y mi madre lo acompañaba tejiendo, y con un monólogo que no necesitaba respuestas de mi padre ya que él estaba concentrado en su trabajo y, el amor entre ellos llenaba la atmósfera de la paz más hermosa que necesitaba el artista para trabajar su arte.

En el Arcón se guardaba el pesebre que trajo mi madre de Canarias y fue un regalo de bodas de la madrinita de mi padre y, todos los años, el Arcón se abría en los últimos días de noviembre cuando mi padre construía el Belén con gran ilusión, ya que recordaba el de su casa en La Laguna, momentos de felicidad para todos. Ya daba inicio la Navidad.

Seguimos viviendo en la cajita de cristal que construyeron mis padres para su familia.

MARÍA DE LOS DESAMPARADOS GONZÁLEZ TRUJILLO

LE HUBIERA HECHO TRIZAS

«Sí, de verdad que no me faltaron ganas». ¿Cómo era posible tener tan poca sensibilidad?

Entre tanto dolor, abrazos interminables, sollozos... de pronto comenzó a sonar «Adiós mi España querida, tierra donde nací...». Siempre he creído que, por unos instantes, mi corazón dejó de latir.

Todo había comenzado tres años antes cuando, el que sería mi esposo, después de cinco años en Venezuela, vino a ver a su familia (muy cerca de la mía).

En esos maravillosos meses me invitaban a excursiones, paseos para conocer la isla... y poco a poco, él fue robando el corazón de aquella ingenua jovencita. Cupido se encargó del resto.

Tres años después nos casábamos por poder (era algo común en mi isla por aquella época).

LA DESPEDIDA. Atrás dejaba todo. Mi familia, amigos, lugares queridos... solo me quedaba aquel lejano amor.

Como una ciudad flotante, se había acercado al muelle el Santa María y parecíamos hormigas hacia el hormiguero.

Cantidad de gente subía por aquella escala mientras sus ojos eran manantiales que no dejaban de manar. Pronto me perdería entre ellos.

Desaparecían los adioses y blancos pañuelos que, como bandadas de palomas, se agitaban en el aire. Atrás iban quedando poco a poco mis bellas Islas Canarias, perdiéndose en la lejanía.

Ahora, solo mar y cielo, un día y otro día.

Pequeños paseos con otra novia solitaria, contemplar el mar, enfrascarme en mis queridos libros, pero, sobre todo, mi tiempo era para soñar y preguntarme tantas cosas... sin encontrarle respuesta.

«¿Cómo estará? Han pasado ya tres años... ¿Me esperará en el muelle? ¿Y si no lo encuentro entre tanta gente?». Y así, hasta el octavo día.

¡VENEZUELA! ¡Qué emoción! Tantas sensaciones... Alegría, miedo...

La Guaira parecía un nacimiento. Cerros completamente llenos de casitas que parecían de juguete. Nos acercábamos al muelle abarrotado de gente, parecía la Bajada de la Virgen en mi isla. Se notaba un enorme alboroto. *«¡Tranquilidad! Por razones de documentación, faltan bastantes horas para el desembarque»*. Se oyó decir por unos fuertes altavoces.

Junto a aquella baranda, mirando sin ver, sentí de pronto que unos brazos me estrechaban fuertemente. Aterrorizada quise gritar pero, con delicadeza, unas manos me lo impidieron.

En silencio dije: «*Gracias Señor*», mientras grandes perlas caían de mis ojos sobre su pecho.

—Conozco al personal de documentación y me han dejado subir. Anda, busquemos el equipaje.

«*Mi pequeña maleta de ensueño, que no se me olvide*», me dije. Guardaba en ella mi atavío de novia con el que pronto me iba a engalanar.

Como transportada en una nube, me parecía que flotaba.

Horas después, me veía hermosa, radiante, caminando hacia el altar junto al hombre que amaba, para renovar aquel juramento que, por separado, habíamos hecho los dos ante el Señor y recibir juntos su bendición. Un matrimonio peruano, que hizo el cargo de padrino, había preparado todo para poder celebrarlo.

Dejando atrás mis tesoros
en pos de un amor me fui
hacia lugares lejanos
para encontrarnos allí.
Pronto sembramos semilla
en el jardín del amor
que nos dieron bellos frutos
regalos para los dos.

Mi bello ramo de amores
luceros para mí son
que alumbran como soles
dentro de mi corazón.

MILAGROS GONZÁLEZ CONCEPCIÓN

EL BARRANCO DE MI INFANCIA

Quiero contar una historia que me ocurrió siendo pequeña, es un poco triste, pero es mi infancia, la recuerdo con cariño.

Donde yo vivía en la parte de enfrente de la casa de mis padres había un barranco, ya hoy no existe pues se canalizó y se ha hecho un parque. Cuando llovía en él corría mucha agua, después se formaban unas charcas que parecían piscinas de poca profundidad, las niñas de la calle bajábamos al barranco, para lavar la ropa de las muñecas, también nos metíamos remangando el vestido y nos llegaba el agua hasta los muslos, los chicos se iban a otra charca más grande y se tiraban haciendo el Tarzán, nos reíamos mucho pues los oíamos de lejos como gritaban. También en un lado del barranco había unas lajas que sobresalían de la pared, ahí nos tumbábamos y nos hacíamos la ilusión de estar en un barco de viaje por el mar, como en las películas.

Una vez bajando vimos un gato muerto y nos asustamos mucho, sobre todo yo que he sido muy miedosa, cuando subíamos yo iba muy pendiente de no tropezar con el gato muerto, y me caí, lo malo fue que me corte la mano con el cristal de

una botella rota, aún tengo la cicatriz y me acuerdo de ese momento.

Fue una época muy feliz para mí en ese barranco que ya no existe, pero que pasé muy buenos ratos con mis amigas de la infancia. La vida ha dado muchas vueltas y no he sabido nada de mis amigas, no las he vuelto a ver, pero lo que sí tengo es el gran recuerdo con cariño del Barranco de mi infancia.

MARÍA ISABEL GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

LOS HORNOS DE CASTRILLO

Para ser un pequeño pueblo donde la agricultura se complementaba con algo de ganadería, casi exclusivamente ovejas, asumí como algo natural que en unas casas muy señaladas hubiera un horno.

El del señor Paco, que amasaba y bregaba el pan en una sala blanca, empolvada, llena de repisas en las que había quedado algún mendrugo perdido. La masa reposaba durmiendo bajo una tela blanca sobre una mesa desnuda. Otra parte de la masa con formas redondeadas era llevada en volandas al interior del horno con una pala de madera.

Cuando iba a buscar el pan miraba atónito una pequeña puerta abierta en una pared plana, por la que se introducían las ramas de encina y algunos troncos secos. Las llamas iluminaban aquella cámara oscura con chisporroteos y el calor lamía mi cabeza pelona. Cuando el fuego se había extinguido retiraba las brasas hacia los laterales y distribuía los panes crudos por su piso lleno de ceniza.

El polvillo blanquecino se posaba en todo, incluso en la camisa gris del señor Paco, en sus manos lustrosas, en su pelo,

en el vello de los brazos, en las cejas, en las mesas de amasar, en la bombilla que colgaba de un cordón retorcido. En el aire se diluía el olor ácido de la masa madre mezclado con el de pan tostado.

Ese olor del pan recién cocido junto al de la tierra mojada siempre me sirvieron de brújula. El primero me advertía de la proximidad de una panadería y, por tanto, de dulces y pan fresco cuando recorría algún pueblo. Y el segundo, hacía saltar mis alarmas interiores por la llegada de la lluvia.

Tras una larga espera, el señor Paco sacaba aquellos panes redondos, gordos, crujientes, con seis o siete curruscos muy calientes y metía uno en el fardo de tela que mi madre me había preparado.

Encima de la misma mesa donde amasaba, colgaba de una punta clavada a la pared el cuadernillo medio desvencijado donde anotaba las deudas familiares. Con el tiempo llegué a descubrir que aquella cuenta se saldaba cuando mi padre llevaba la harina de trigo recogida en el verano y molida en un pueblo cercano. Por cierto, el molinero cobraba de la misma manera, bien con trigo o con salvado.

El otro horno parecía pertenecer a otro mundo, el mundo de la señora Baldomera. Bajo un techo elevado aquel horno se mostraba como un vientre enorme, con las hileras de adobe bien marcadas. Por aquella boca que servía de puerta la señora Baldomera, vestida de negro riguroso, incluso con medias y zapatillas negras, se metía dentro para barrer las cenizas.

Estoy convencido de que mi imaginación infantil cambió las proporciones de todo por los aromas que despedía. Solo lo encendía unos pocos días al año. Coincidió con las vísperas de alguna fiesta grande. En él acomodaba las cazuelas que las mujeres habían preparado para comer, pollos o cordero, El olor a ajo, a vinagre y laurel serpenteaba por las calles del pueblo.

Algunas horas más tarde, tras el ritual de asperjar con una escoba el interior del horno, se diluían en la atmósfera los aromas del anís, del aceite de oliva y de la azúcar tostada que desprendían las magdalenas, los mantecados y las rosquillas que las abuelas escondían en los sitios más inverosímiles y que nuestro olfato infantil descubría debajo de alguna cama, dentro de un armario, colgando de una viga en una cesta de mimbre o cubiertos con un mantel de cuadros en una vasija de barro.

NAZARIO PRIETO DE LAS HERAS

SEGUNDA CONVOCATORIA

AMOR

Que bien suena esta maravillosa palabra «AMOR», con tan solo cuatro letras y qué significado tiene para mí. Sin amor la vida no tiene sentido, amor a nuestros mayores, a nuestros hijos, nietos, bisnietos, etc.

Pero hoy quiero centrarme en mi juventud y de qué forma comenzó el amor en mi vida, no fue amor a primera vista, desde pequeña me gustaba mucho un chico, pero jamás se lo dije a él ni a nadie, ese era mi secreto. Llegué a la juventud y cada cual cogió su rumbo, nos llevábamos muy bien, vivíamos en la misma calle, era músico no podía ser de otra manera. Tenía 14 primaveras, la única diversión era el cine o el baile, si lo película tenía un rombo nos prohibían la entrada, me gustaba más el baile, si la orquesta tardaba en empezar yo desesperaba, porque al toque de oración, a las 19:00h, tenía que salir corriendo, llegué a odiar las campanas de mi pueblo que tenían un sonido especial. Él tenía una amiga de un pueblo cercano, cada vez que había baile venía como loca a buscarlo. Yo bailaba con todos los amigos, estaba muy solicitada, con esa edad empezamos a presumir, no me interesaba novio para nada. Cumplí 15 años y las cosas cambiaron, él me miraba y a veces me acompañaba cuando iba a comprar

el pan y luego me dice ¿el domingo bailas conmigo?, mi contestación fue rápida, ¡yo con los que tienen novia no bailo! ¿Quién ha dicho que tenga novia?, me respondió él, esa es solo una pesada y no quiero saber nada de ella, te lo voy a demostrar hoy. Aún recuerdo cuando me sacó a bailar, las lágrimas de aquella joven le resbalaban por la cara, me dio hasta pena, y viendo que él ni la miraba, no volvió nunca más a los bailes del pueblo.

Nuestro amor empezó el 8 de diciembre, Día de la Purísima Concepción, pasamos las navidades juntos e inolvidables. Llegaba mi cumpleaños el 4 de febrero, siempre lo celebraba con la pandilla de amigas y amigos, él quería ir, pero me dijo: yo no tengo cara para presentarme en tu casa sin pedir permiso, ya lo tengo decidido, mañana a las doce voy a tu casa para hablar con tu padre, reza para que me vaya bien y podemos formalizar nuestras relaciones sin tener que escondernos para vernos. Las horas de espera se me hicieron largas, a las cuatro de la tarde llegó mi amor contento con un cartucho de cacahuets tostados que me supieron a gloria bendita, la entrevista fue estupenda, le prometí que te respetaría y que te querría hasta que nos uniéramos en matrimonio.

Si estaba reprimida siempre, ahora era peor, diariamente la misma cantata «puedes hablar con él lo que quieras, pero no te dejes tocar ni una mano, porque van cogiendo confianza, y a tus horas de siempre estás en casa». Recuerdo que con 19 años fuimos un rato al Casino, había una orquesta de pueblo «La Iris» y otra de los Realejos «Casablanca», tenía muchas ganas de escuchar a esta última, lo comenté con la

hermana de mi novio que era mayor, me dice tu tranquila nos quedamos hasta que empiece a tocar la orquesta invitada, luego te acompañamos a tu casa y explicamos a tu madre porqué tardamos un poco más. Esta orquesta empezó con el pasodoble «Islas Canarias» yo estaba tan nerviosa que no entendía ni a la orquesta ni a nada. Me dice mi novio vámonos porque estas temblando de miedo. Salimos del salón y veo a mi madre con las manos en la cintura, en forma de jarra, detrás de la mampara de cristal, ese día llevaba el pelo recogido como una cola de caballo y un lazo de terciopelo marrón, me dio un tirón tan fuerte que me hizo llorar y con voz alta y de mando dice: ¡Que sea la última vez que tenga que salir de casa a buscarte!

Estaba tan enfadada que no atendía a ninguna explicación y hasta llegar a casa, me decía constantemente: ahora, atente a las consecuencias. Menos mal que al llegar mi padre intervino, discutieron, pero no hubo arresto. Fui una novia tan reprimida que me perdí la sal del noviazgo. Por eso cuando oigo el comentario «¡cualquier tiempo pasado fue mejor!» no estoy de acuerdo para nada, había respeto, educación, eso sí, pero había mucho miedo, no éramos capaces de dar una opinión, no había diálogo con nuestros mayores, «tú a callar y a obedecer», todo estaba prohibido, la palabra pecado destacaba de todas las demás.

Por lo cual, cuando me casé a los 23 años se terminaron las ataduras y sentí la verdadera felicidad.

Ya no tenía que correr al anochecer, era dueña de mi casa, podía hacer y deshacer, no pudimos hacer viaje de novios

porque no había dinero, pero vinimos a esta bonita ciudad de San Cristóbal de La Laguna que nos acogió con cariño y fuimos inmensamente felices durante 49 años, hasta que en 2015 se fue él para siempre.

El 3 de agosto hace 65 años que vivo en mi ciudad, donde lo paso arropada por mis hijos, que procuran hacerme la vida lo mejor posible.

ANGELINA COELLO ALBERTOS

EL PUZLE: LAS TRES EN MÍ

Yo fui alumna de una escuela unitaria de niñas, rural y pública. Comencé mi actividad escolar oficial a los siete años y en ese momento ya sabía leer, escribir y las cuatro reglas. En mi casa, mi padre, fue mi maestro.

Mi primera maestra era voluminosa y dominante. «Másan-cha» que alta. Era como un enorme globo de color negro. Y si se enfadaba parecía que iba a explotar. Cuando yo menos lo esperaba, se acercaba a mí con una sonrisa y un libro en la mano y me decía: «Mary, página siete, lee lo que está subrayado y haz un resumen ¡y no pierdas el tiempo!». Se comunicaba conmigo a base de «puro mordisco dialéctico». Pronto despertó en mí el gusanillo del amor a los libros y al estudio, hasta convertirlos en el objetivo central de mi existencia.

— «Tú a estudiar, a leer y a escribir», me decía.

— «Deja a esa amiga, te come las energías».

— «Tú tienes que gobernar tu vida, así que a lo tuyo».

— «Nada, ni nadie te puede parar si tú quieres seguir», concluía.

Y yo la miraba con mucha seriedad y con los ojos bien abiertos. Cierro los ojos y aún la veo y la oigo. Imprimió carácter a mi vida, y sé que ella estaba arando mi camino. También sé que me quería y soñaba con que yo fuera una mujer de provecho.

Mi segunda maestra fue una misionera seglar que predicaba con el ejemplo en cada uno de sus actos y palabras. Su altruismo y generosidad eran su norma de vida y la definía su sumisión a la voluntad divina. Era un auténtico rebose espiritual.

Ella fue la que encendió la luz en mi camino, con sus oraciones, plegarias e invocaciones a Dios Nuestro Señor, a su Santísima Madre y a todos los coros celestiales; para que hiciese el bachillerato. Sin su mediación no hubiese sido posible el milagro.

Ella interpelaba a mi progenitor en cualquier momento en que se cruzasen por el camino: «Don Antonio, la niña tiene que ir a estudiar». A lo que él le contestaba invariablemente: «Lo que tiene que hacer la niña es aprender a ordeñar la vaca y a remendar la ropa». Lo único que variaba en su respuesta era la advocación divina a la que él le dedicaba sus improperios. La maestra le respondía santiguándose y con un: «Perdónale Señor, Dios Mío, porque no sabe lo que dice». Y así, un día sí y otro también.

Sus problemas de salud se resolvieron y se tuvo que ir a las misiones. ¡Se fue mi ángel guardián! Pero yo sabía que las palabras de sus oraciones habían caído en tierra fértil.

Mi tercera maestra era y es toda dulzura, calidez, cercanía y tenía la efectiva «cualidad dialéctica» de llevar a su

interlocutor a su terreno, sin haberle dado tiempo para argumentar su respuesta.

En los dos primeros meses del curso todo fue muy bien entre ella y mi padre, pero ya en el último trimestre tuvo lugar la batalla verbal entre ambos. Y un buen día, le dice la maestra a mi padre: «Que sí, que sí D. Antonio, tiene usted toda la razón del mundo... pero es una pena muy grande que Mary se quede aquí bordando y cuidando cabras. Mire, el próximo lunes ella va a ir conmigo a la ciudad, al Instituto, a examinarse de ingreso, y le darán una beca para estudiar primero de bachiller; y ya en septiembre Usted decide si la deja ir a estudiar o no. ¡Ah, y los gastos del lunes, los pago yo!».

Y aprobé, me dieron la beca y en septiembre fui a estudiar primero de bachiller.

Entre las tres consiguieron que mi eterna letanía: «Mamá, cuando yo sea grande, no quiero quedarme aquí en casa, en Las Lomadas, yo quiero estudiar y ser maestra», se convirtiera en una auténtica realidad.

Estudí y me hice maestra.

El original estilo didáctico que tuvieron para enseñarme, motivarme y forjarme, cual escultura, hizo de las tres un personaje, el personaje de mi vida, puzle perfecto, que encajó todas mis piezas con el orden necesario para que yo pudiese atrapar mis sueños.

Gracias, maestras, siempre gracias, infinitas gracias.

MARÍA CABRERA EXPÓSITO

MIS ALMOHADAS

Sobre mi cama hay cuatro almohadas. Todos los días, cuando termino de hacer la cama, las coloco una a una, de mayor a menor. Las fundas de algodón blanco, al ir lavándolas tantas veces, han adquirido tal suavidad, que es una delicia pasar las manos sobre ellas.

Un día un amigo al verlas, entre sorprendido y extrañado, me preguntó por qué tenía tantas almohadas. Vi mi cama con sus ojos. Y me pregunté por qué hacía esta especie de ritual diariamente.

La primera que pongo está bordada por ambos lados, aunque ajada, conserva su presencia. No sé cómo llego hasta mí pero sí sé que la bordaron antepasadas mías. La segunda tiene, en la derecha, bordadas las iniciales de mi abuela materna C.G.G. Murió cuando yo tenía seis años. Siempre estaba sentada en un sillón de madera con reposabrazos, y cuando me acercaba a ella para darle un beso la sentía fría, ausente. Supe con los años que estaba ciega. Me admira su historia de amor: hija de una familia adinerada e influyente se enamoró de un hombre decente pero pobre, y ante la rotunda oposición familiar, se fugó con él. Desheredada y rechazada, se casaron y estuvieron juntos hasta que él murió, ella murió al año siguiente.

Tuvieron siete hijos. Le sigue la de una de sus hijas D.D.G. que la confeccionó para su ajuar ya que se iba a casar, pero por alguna razón que desconozco, esa boda no se realizó. Era muy guapa, cariñosa, alegre. La quería mucho, siempre estaba en mi casa y ayudó enormemente a mi madre en nuestra crianza pues tuvo cinco hijas en cinco años. Un día se marchó, se hizo monja. La eché mucho de menos y me dio bastante rabia de que prefiriera a Dios antes que a mí. A lo largo de los años solo la vi ocasionalmente. Murió en Salamanca por fallo cardiaco pues tenía el corazón muy grande, la enviaron embalsamada. Cuando vi salir la caja mortuoria por la parte de atrás del avión como si fuera una mercancía, sentí un dolor vivo y penetrante.

Por último, va la de mi abuela paterna, M.B.M., muy orgullosa de ser descendiente de un santo, confirmado por documentos que guardaba celosamente. Bonita, de tez morena, ojos grandes y boca atractiva, fue telefonista. Enviudo con cuarenta y seis años con cinco varones en sus costillas. Trabajadora, tuvo una venta y era tan habilidosa en los negocios que llegó a comprar una preciosa casa a un marqués arruinado donde vivió hasta su muerte. Una abuela que le daba cinco pesetas a mi primo y a mi media peseta, esto me daba mucha rabia y me hacía sospechar que las niñas le gustaban poco.

Me he dado cuenta de que las almohadas sobre mi cama son un reconocimiento a sus vidas que han hecho posible la mía, y que cuando paso mis manos por ellas como una caricia, es mi forma de respetarlas y agradecerles lo que ellas hicieron por mí.

MARÍA CANDELARIA PÉREZ DÍAZ

INFANCIA: CRUCE DE CAMINOS

Sí, nací en un cruce de caminos... entre el misterio y la soledad. Estas dos palabras forman mi infancia.

Yo no entendía por qué a los tres años me llevaron a una casona con jardín donde vivía un señor al que no había visto nunca y que era mi abuelo, pero tenía que llamarlo papá y él no me llamara nunca por mi nombre sino ¡Niña! y más adelante «La chica».

A medida que fui creciendo empecé a hacer preguntas, pero ¿a quién? A mi abuelo, imposible; ni siquiera me acercaba a él: le tenía miedo. ¿A mi madre? Ella siempre estaba cosiendo, muy callada y triste. Con quien siempre estaba y hablaba era con mi abuela. Según mi madre era el rabo de mi abuela. Con ella iba a comprar a la venta de la esquina; a la huerta a echar de comer a las gallinas; a escoger las lentejas; a ayudarla a pelar los pollos. Y si le preguntaba... «las niñas no son curiosas», me contestaba.

Yo no tenía con quien jugar. Había dos niñas de mi edad que salían a jugar a la calle, pero a mí no me dejaban. Alguna vez me escapé, pero pronto oía la voz de mi abuelo que me

gritaba desde una ventana: ¡Niña! para adentro. Y yo entraba aterrorizada. No era de extrañar que esas niñas tampoco quisieran entrar a mi casa para jugar conmigo.

Me quedaba el recurso de jugar yo sola en el jardín con cuidado de no pisar los canteros para que no me hicieran entrar. De mis mejores recuerdos están el nogal alto y poderoso al que me subía y desde allí representaba «mi actuación»: cantaba fragmentos de zarzuelas que mi abuela me enseñaba o me columpiaba en un columpio casero que ella me había hecho con una gruesa cuerda y una manta vieja.

Otro de mis juegos solitarios era darle de comer a los peces rojos del estanque miguitas de pan. Ellos subían desde el oscuro fondo a devorarlas llenando el agua de burbujas. O hundir en el agua unas plantas que crecían en el centro del estanque, a las que yo llamaba «paragüitas» porque al darle vueltas rápidas al tallo soltaban gotas que parecían una repentina lluvia. Todos estos juegos eran vigilados por mi abuelo desde las ventanas del salón.

Un día hubo una fuerte discusión entre mi madre y mi abuelo. Ella me cogió de la mano bruscamente y me llevó muy cerca de una «escuelita particular» que había detrás de mi casa. Allí me entregó a una joven maestra y a su madre para que me enseñaran a leer, a escribir y las cuatro reglas. Realmente, como comprendí después, fue para alejarme del ambiente tan tenebroso en que vivíamos.

Y este fue el comienzo de una nueva vida mejor. No tenía aún cuatro años, era la más pequeña de la clase: una sola

aula con niños y niñas de todas las edades y que me recibieron como un juguete. Allí me enseñaron a rezar, a cantar canciones infantiles y comencé a leer cuentos y a escribir y a contar en casa todo lo que vivía en aquel ambiente tan cariñoso. Y empecé a oír: esta niña es muy inteligente, debe estudiar cuando dejé la escuela.

Y ya no me sentía sola; empecé a sentirme valorada, aunque los misterios que encerraba el entorno familiar continuaron hasta mucho más tarde.

Creo que eses cruce de caminos en que empezó mi vida ha quedado justificado: entre la soledad y el misterio.

MARÍA LUISA ÁUREA TEJERA

PRESAGIO DE UNA MUERTE

Es un mal augurio. En cuanto lo veo, sé que algo no va bien. Santa Cruz en agosto es irrespirable y hace un calor sofocante esa mañana, pero él baja a la calle envuelto en una chaqueta de lana gruesa, abotonada hasta el cuello. Parece consumido, menguante, ausente. Doy la voz de alerta, pero todos están de vacaciones fuera de la isla, excepto Fina que está en el Médano. Los llevo al apartamento de Los Cristianos, para ver si un cambio de aires ayuda. Pero él no puede cuidar ya de mi madre, ni siquiera es capaz de cuidar de sí mismo. Está pidiendo auxilio; Fina y yo lo llevamos al especialista.

Tratamiento, vuelta a Santa Cruz, búsqueda de soluciones hasta que los demás vengan. «Mararía» es un descubrimiento para ir escapando, pero los cuidadores nos aconsejan que no les dejemos solos. Sigo buscando, visitas a residencias, nudo en el estómago al salir de ellas. No les importa mostrarme cómo despojan a las personas ancianas de toda su dignidad. No, a mis padres, no.

Mila no lo quiere creer. Ha venido unos días de Lanzarote para verlo con sus propios ojos. Le desabrocho la camisa y

es todo piel y huesos, se le marcan las costillas. Ya no quiere seguir viviendo, así no. En sus delirios, nos advierte del peligro del fuego, «hay que esconder los fósforos y la plancha, hay que desconectar el gas. No dejen sola a tu madre, cuiden de ella».

Es duro, pero ya estamos los cinco y se hace más llevadero. Nos hacemos cargo de la situación, todo parece bajo control. Tratamiento, cuidadora interna, limpiadora, turnos de los cinco. Plato de ducha en lugar de bañera, sillones reclinables en lugar de sofá. Comenzamos a respirar.

Él nos predice cómo va a ser su muerte, creemos que es otro de sus delirios. Ya no quiere seguir viviendo, así no. Tras la merienda, voy de paseo con ellos. De pronto, se para en medio de la acera. Ya no quiere caminar más. Mi madre le insta a moverse, pero no da ni un paso. Espero pacientemente, le convenzo para volver a casa. Silla de ruedas, cama articulable, colchón antiescaras. Tratamiento, practicante a domicilio, cuidadora interna, limpiadora, cuidadora de fin de semana, turnos de los cinco. Nos relajamos, bajamos la guardia.

Carnavales de Santa Cruz. Tenemos que ingresarlo en el hospital. Septicemia, tal y como él había presagiado años atrás. No lo dejamos solo, hijos y cuidadoras hacemos turnos para darle de comer y acompañarlo. Tenemos que entrar con gorro, guantes y mascarilla. Bromeo con él, «¿me conoces mascarita? ¡Mira, estamos de carnaval! Tienes que comerte toda la compota para que te pongas fuerte y poder sacarte de aquí». Clava sus ojos verdes vidriosos en los míos y hay en ellos un destello de inteligencia que me hace enmudecer.

No habla, pero sé lo que dice con su mirada: «¿eres tonta? ¿No ves que me estoy muriendo? ¡Déjame morir en paz!».

Carnavales de Santa Cruz. Tengo que cruzar la Rambla para ir al hospital. Un grupo de falsas plañideras, totalmente vestidas de luto, cruzan la calle y tengo que parar el coche para dejarlas pasar. Representan su farsa; fingen llantos, lamentos, gritos de dolor; hacen gestos mientras tiran de sus vestidos negros; se arrojan al suelo y finalmente se levantan bailando al son de la música y los tambores. Contemplo la grotesca escena pensando en su cinismo y en la paradoja de la vida; mientras unos se lamentan por tener que enterrar a una sardina, yo contengo mi dolor por tener que enterrar a mi padre. Muere el uno de marzo y el cuatro yo cumpla cuarenta y cinco años. De nuevo, las contradicciones de la vida; unos me llaman para darme el pésame, otros para felicitarme por mi cumpleaños.

Duele, como si me arrancaran un trocito de mi interior, como si me estuvieran arañando por dentro. «Los seres vivos nacen, crecen, se reproducen y mueren», intento asumir que es el ciclo de la vida, que todos tenemos que morir, pero no deja de doler. Y no quiero parar para el duelo; quiero distraer al dolor para que no duela tanto. Entonces saco fuerzas de donde no sabía siquiera que existieran y tomo las decisiones importantes que he ido posponiendo. Entiendo que solo tenemos una vida y que, si no nos gusta, hay que hacer cambios. Y los hago, empiezo de cero, «renovarse o morir».

Él no quería seguir viviendo, pero le alargamos la vida más de dos años y mi madre le sobrevivió otros diez. Siempre

hablamos de él cuando nos reunimos los hermanos y una parte de él sigue con nosotros, está vivo en nuestros recuerdos.

MARÍA MAGDALENA MÉNDEZ PÉREZ

LA VIDA PASÓ TAN RÁPIDO QUE NO LO VI VENIR

¡Ay!, mi vida pasó entre aquellos años de la adolescencia en que andaba empujando al tiempo para hacerme grande, cumplir 18 años, ser una mujer independiente y tomar mis propias decisiones y ahora, ahora en que pagaría por tener tiempo extra. En medio pasó la vida y yo no lo vi venir. Todavía estoy intentando reponerme de la impresión ¡Y qué impresión! En el río de la vida, estoy en ese remanso de paz que se parece más a una charquita de patos, donde se meten los abuelos a remojarse el culo. Sin olas, sospechosamente calentito.

No sé si por eso, en un intento de alargar el tiempo como la masa de pizza, vuelvo cada vez más a la infancia. Allí tenía tiempo hasta para aburrirme. Horas y horas para disfrutar, para pelear, para enfadarme, para molestarte mamá con el sonsonete de «¿Qué hago?, ¡me aburro!» Me busco en tus brazos-refugio, en el «sana, sana, culito de rana», en la cocina de la abuela, en los lugares, los olores, el bullicio de la calle en que descubrí la amistad, la diversión que no costaba dinero, la risa que me hacía llorar doblada sobre mi barriga. Esa calle que lleva directamente al mar. Me busco en la mujer joven, a la que el miedo, más que el valor, llevó a pelear contra todo lo esperado.

Cada vez más buceo en las fotos. Esas que criticaba sin piedad: «qué fea», «qué pelos», «qué pintas». ¡Ay y ahora me veo tan bien, tan guapa, tan joven! ¡No hay duda: la belleza está en los ojos del que mira! ¡Ahora soy más compasiva, me critico menos y me alabo más! Aprendí que hay dolores que se pueden evitar y este aprendizaje lo pagué caro. Pero puedo aplicarlo a la vida que me resta. Ya no mido el tiempo por años, meses, semanas o días. Ahora me detengo en cada segundo, en cada minuto. Y quiero masticarlos, saborearlos, deleitarme. Cómo el Ávaro de Molière me recreo, atesoro el tiempo que me queda.

Hasta voy entendiendo esas frases que decían los abuelos y que para mí eran chino mandarín. «Me gustaría saber lo que se hoy, pero tener 20 años menos». Eso era lenguaje de abuelo. Sin pies ni cabeza. Ahora: ¡clarito como el agua! Así que ya estoy más cerca de la charquita de patos, con el agua sospechosamente tibia donde remojar me el culo. Desde la eternidad de la juventud, ¿quién iba a decir que llegaría este día?

¡Ay, mamá, perdóname! No fui una hija fácil. Ahora la madre soy yo y otra la hija. Ahora estoy en el otro lado, tomando cucharas soperas de Karma. Intentando deshacer los nudos enredados de dolor y sufrimiento y volver a trenzarlos con perdón y redención. Allanando el camino. Ese que me lleva, paso a paso, al remanso del río de la vida. Sin escollos, ni remolinos, ni corrientes que me arrastren. Ahí, en la quietud más absoluta. Viendo ponerse el sol de mi vida.

MARÍA QUILES DEL CASTILLO

EL DÍA QUE LA CONOCÍ

No la conocía, pero sabía de su existencia a través de una hermana suya que con poco más de veinte años y embarazada, venía a comprar a una pequeña tienda que yo con solo dieciocho años tenía en el Barrio del Carmelo, en Barcelona.

No la conocía, pero sabía por su hermana que iba a llegar en pocos días para ayudarla tras el parto, desde un pueblo pequeño perdido en medio de la Alpujarra Granatina, la tierra del musulmán rebelde Abén Humeya, allá por el siglo xvi.

Aun sin conocerla, también sabía por su hermana, gracias a la buena relación que teníamos, que era morena, de pelo negro, muy guapa, pequeña y con poco más de dieciocho años.

Y así un día la vi entrar por la puerta de mi pequeña tienda. Sin conocerla adiviné al momento que era ella. No lo dude ni un momento, supe que esa sería mi mujer, mi compañera de viaje.

El pasado viernes, celebramos nuestro 46 aniversario, más algunos de novios, suman más de medio siglo caminado

juntos, uno al lado del otro, haciendo camino como dijo Machado.

Entre aquel lejano día en mi pequeña tienda y este pasado viernes, además de muchísimas cosas buenas y algunas menos buenas, nacieron dos hijas y una nieta, todas ellas maravillosas.

A pesar de mi fortuna por tener ya una larga vida repleta de vivencias, afirmo sin ningún temor a equivocarme que aquel día de septiembre del 72 me cambio la vida.

MIGUEL GUIJARRO MARTOS

MI MADRE

Historia de una mujer que nació en La Laguna en 1921.

Su padre de Tejina y su madre de San Juan de la Rambla de Las Aguas.

Su madre le ofrecieron trabajo unos amigos en La Laguna. El trabajo allí era poco, empaquetado y el bordado que era a lo que se dedicaban y sus hermanas decidieron venirse con ella.

En La Laguna conoció al Tejinero que era como lo llamaban. Se casaron y quedó embarazada.

No había trabajo y su marido decidió irse a Cuba. Fue esa gran emigración que algunos no llegaban, él tuvo suerte y llegó. Pero nunca regresó.

No conoció a su padre, ni casi a su madre cuando nació. Su madre el trabajo no le permitía cuidarla y también tenía a cargo a sus hermanas. Conoció a una señora que por su problema cogió mucha amistad con ella. Se la dejaba era recién nacida. La señora tenía a sus hijos grandecitos, la niña les servía de juguete y un día por otro se quedó en la familia. Fue tratada como una más, fue muy poco a la Escuela Práctica de la calle Capitán Brotons, en su casa era necesaria.

Era una familia de campo, decían sus hermanas que hacía más las labores de la casa, iba muy poco al campo.

Cuando se fue a casar su madre biológica no estaba de acuerdo ya que ella tenía otro hombre con una buena posición. No quería que se casara con un Goro que no tenía ni donde caerse muerto.

Tuvieron muchos problemas, era muy joven y «tenía que tener» permiso de su madre.

Los padres que la criaron la hicieron entrar en razón, fue un tira y encoge, pero al fin cedió, pero no les dio la bendición, a ella no le importo tenía la de sus padres que la criaron.

Tubo cinco hijas, pero solo dos vivieron. Sus padres que la criaron mueren muy mayores.

Cuando su madre biológica dejo de trabajar, sus hermanas y sobrinos que ella les ayudo a criarlo, cada uno tenía su vida, no podían tenerla en su casa. Se vio en la calle, su hija la recogió.

Para las niñas fue extraño. Ellas solo conocían a sus abuelos y a sus tías y primos de adopción que se criaron juntos como hermanos.

La madre que era todo bondad le explico de una manera el porqué estaba ella en casa y lo aceptaron, eran pequeñas.

La vida en la casa se adaptó a lo que había, para ella le fue fácil, tenía una capacidad que la superaba.

Su madre murió en su casa, estuvo enferma pero no la llevo a ningún centro.

GENOVEVA LINARES HERNÁNDEZ

LENTES

Corrían esos años en los que la pubertad entra en mi vida como un descontrolado huracán destructor causando un revuelo hormonal en mi pacífica existencia. Yo, de una personalidad tímida, nerviosa y retraída, me vi golpeada por una oleada de contradicciones emocionales. Reía y lloraba con la misma intensidad pasando de un estado a otro a una velocidad imprevisible.

Fue por ese entonces cuando mi visión del mundo se vuelve borrosa y distorsionada, perdía con facilidad la nitidez de lo que me rodeaba. Confundía a personas por la calle. Tuve algunos incidentes, sin importancia, conduciendo mi Mobillette roja. En una ocasión, mientras mantenía una animada conversación plagada de expresivos gestos con las manos, le metí el dedo en la boca a mi interlocutora. Mi falta de control de la distancia me jugaba muy malas pasadas. Mantenía una auténtica batalla campal con las notas de las partituras que debía tocar en el piano, parecían mosquitos negros rebeldes que se resistían a convertirse en música.

La miopía había hecho su aparición estelar. No venía sola, la acompañaba una diabólica palabra nueva, dioptrías, terroríficos

círculos concéntricos que empequeñecían, sin piedad, mis ojos tan expresivos y alegres hasta ese momento.

Lo peor estaba por venir. Los astros se alineaban en mi contra. Mi recién estrenada dificultad ocular traía consigo, fuertemente agarrada de la mano, a ellas, a las protagonistas indiscutibles... las lentes. Lentes que a lo largo de mi vida se irán presentando en todas las versiones inimaginables: gafas de pasta, metálicas, alegres, sobrias, caras, muy caras; gafas y más gafas. Lentes cuya carta de presentación era intachable. Aquel señor de bata blanca, llamado oculista, intentó convencerme de que eran las heroínas que me ayudarían a contemplar una nueva realidad.

Muy lejos quedarían esas buenas intenciones. Pronto sería diana de motes burlones: cuatro ojos, culo de botella, lo que provocó que las gafas se convirtieran en un enemigo acérrimo relegado al fondo del cajón. El tono dramático de la situación se vio suavizado por la extraordinaria idea de mi padre, amante de las novedades, de probar con las lentillas. Lentillas rígidas, blandas, desechables de un mes, de una semana, de un día; lentillas y más lentillas. Auténtica revolución de la época que permitía a las jóvenes miopes, grupo al que yo pertenecía, recuperar la coquetería.

Solo el paso de los años, cierta madurez y, algún que otro sobresalto, han conseguido mi reconciliación definitiva con las gafas. Una vez rechazadas todas las teorías conspiratorias, rescato de su largo destierro el objeto endemoniado que durante años fuera origen de tantos complejos. Hoy por hoy hemos establecido una interesada alianza que me empodera

y me otorga solidez. Esos cristales galopantes engarzados en montura, reposados sobre las orejas gracias a patillas, no siempre amables, han grabado a fuego en mi existencia la máxima «todo depende del cristal con que se mire».

TERESA DE LOS ÁNGELES SÁNCHEZ DENIZ

TERCERA CONVOCATORIA

BANCA PÚBLICA ES UTOPIA

Comienzo por vivir en La Laguna a los 21 años y en un «pis pas» ha pasado 51 años.

Un año y pico en la calle Cordera, lujo de calle y de zona, después unos meses en la calle Remojo, mezcla de urbe y huerta, y El Camino Largo cerquita.

Once años en la antigua Calvo Sotelo, actualmente bien llamada Avenida Torriani, un quinto piso soleado con bonitas vistas.

El resto de los años en la zona del cuadrilátero que, aunque tiene fama de ruidosa, no me quejo pues disfruto de una terraza soleada, buenas vistas, buena gente y zona.

Cuando este agujero negro que es nuestra querida LAGUNA nos lo permite, gozamos y sufrimos los residentes laguneros de tal variedad de microclimas que te inmunizas a catarros y alergias.

El aspecto de la ciudad ha cambiado muchísimo desde mi llegada, pues era una ciudad en blanco y negro.

Época de dictadura de miedo de represión, yo venía de vivir ocho años muy cruciales, de los trece a los 21 metida en un internado de monjas, así y todo, fui una privilegiada para la época, pues pude formarme como maestra.

Mi llegada a La Laguna me hizo sentirme con cierto grado de libertad. A pesar de la época, nos atrevíamos a manifestarnos, decir lo que pensábamos, vestirte sin seguir normas establecidas, el clima arruina cualquier peinado, por lo tanto, para qué tanto esfuerzo, abrigo, capucha... y a correr.

La moda daba igual, lo importante era pagar la hipoteca, la banca nos sangraba ¡Y SIGUEN! BANCA PÚBLICA ES UTOPIA.

Viví las manifestaciones, amigos sufrieron cárceles, despidos de trabajos, fuertes palizas en comisaría, muertes por error, corrimos delante de los grises, esquivando en lo posible porras, botes de humo pelotas de goma, un horror.

Los incendios en nuestra maravillosa Calle San Agustín, sintiendo tristeza impotencia y miedo.

Tormentas, granizo, riadas de agua..., recuerdo entrar en el Complejo Deportivo Don Benito tan felizmente y cuando salí, casi seguir nadando. La lluvia era tan fuerte y me refugié, y la joven de la tienda lloraba.

Olas de calor que te paralizaban y lo peor, me gustaban.

Craso error cerrar los Agüeres, se cargaron el maravilloso espacio comercial abierto con multicines incluidos, todavía los añoro, aunque tengamos la alternativa de Alcampo.

Época dorada la socialista, tan eficiente que fue nuestro Pedro Glez, Cultura y Color a punta pala.

AMPARO MARTÍN EXPÓSITO

LA RAMA DE LA LECHUZA

A veces nos basta una simple imagen para despertar en nosotros multitud de sentimientos, removiendo nuestras conciencias, que puede ir desde la impotencia a la injusticia o a las desigualdades sociales abarcando todo el mundo que conocemos.

Y es en la imagen de wasap en la que vemos a un soldado dando un mensaje cardíaco a una blanca palomita con su ramita de olivo al lado, en claro e infructuoso intento de lo que ya es imposible, revivir a «La Paloma de la Paz».

Casi simultáneamente a mí me vino a la mente el cuadro del Guernica de Picasso, que el gran pintor cubista plasmó para la posteridad y para que las futuras generaciones, no volvieran a revivir tales horrores.

En la denuncia la invasión y bombardeo de Guernica, aplastando a la inocente e indefensa población civil, por parte de la aviación, que tomó su nombre como una macabra burla, de una hermosísima ave del hemisferio sur.

El soldado con su rostro sonrosado de juventud, acabado de salir de los brazos de su madre, aunque ella no quisiera soltarlo.

Con sus pertrechos militares; uniforme, casco y fusil, su sorprendido y asustado gesto ante el escenario que se abre ante él, nos trasmite este mensaje: ¿qué estoy haciendo yo aquí?, ¿qué definiendo?, ¿a quién represento? Yo no sé destruir, ni matar, tan solo quiero volver a mi casa con mi familia, reír, compartir, amar. Cómo voy a contar a mis padre y hermanos pequeños el horror que estoy viviendo.

Y es la triste similitud de las dos imágenes, la cubista y la moderna figurativa en las que encuentro la repetición de los horrores:

Sobre un manto gris de escombros y de muerte, velos la mano que emerge, la farola doblada. No vemos, aunque se intuye, el grito sordo y desesperado de la madre que pregunta «porqué».

Ni tampoco a los niños jugando y riendo ajenos a su propia tragedia (por suerte, porque si no sería imposible de soportar).

Ni el rostro humillado y roto del padre, al que no se le permitió cumplir con lo más importante que se le encomendó, «proteger y defender a su familia», su única patria y bandera.

No vemos toros ni caballos, porque sin duda el país al que refiere no necesita de estos símbolos castellanos de la España peninsular.

Pero si están ambas imágenes los esqueletos de los edificios destruidos y sus ladrillos desnudos.

También está la bomba que no explotó.

La que, si explotó, cruzando y surcando el aire con su serpentino silbido, arrasando lo que encontró al paso, unas veces alto y otras a ras, pero siempre aniquilando la vida en cualquiera de sus manifestaciones.

Asimismo, está el árbol con su escuálida silueta, negra, metálica, pobre representación de la otra frondosidad de sus campos de maizales y trigales custodiando frágiles amapolas.

La ausente paleta de colores de sus jardines, ahora sin flores, sin otra fragancia que el fétido olor de las cloacas levantadas, alimentando ratas e inmundicia.

Colgada de lo que suponemos fue una rama alegre y cantarina, ahora convertida en un triste palo seco, retorcido y mudo, hay una lechuza que parpadea incrédula con su intensa y ojiplática mirada.

También está el gusanito que reptaba entre alambradas sangrantes sobre los cuerpos sepultados.

Por eso cuando se realizan los tratados, cumbres o acuerdos a nuestras espaldas nos preguntamos si va a sobrevenir un nuevo orden internacional que generará un cambio de intereses financieros, igual de importantes o más que

el negocio de las armas o el de las farmacéuticas, entre otros.

Nada más lejos, simple palabrería para poder actuar con impunidad y «con permiso», en invasiones o ataques o «defensas», creando guerras que parecen no tener fin.

Envían a sus hijos a luchar o morir a países que tendrían que ser hermanos, y que amparados con esa terrible excusa de que «estamos en guerra», mandan expoliar, violar o matar inocentes sembrando el miedo que es su principal baza.

De «El Guernica» al soldado y la paloma han transcurrido ochenta y pico de años que de poco o nada han servido a juzgar por lo ocurrido en los últimos años o meses recientes, tal parece que no hayamos aprendido nada, creando la incertidumbre de cuál será el futuro que nos aguarda más cerca o más lejano.

CANDELARIA PINEDA HERNÁNDEZ

TRANSFORMACIONES

Mis padres, mis abuelos, mis tres hermanas y yo vivíamos en una casa pequeña, pero tenía una gran ventana con dos bancos de madera donde me sentaba todas las mañanas a ver como los obreros trabajaban en las zanjas abiertas de la calle, yo era demasiado pequeña aún para ir al colegio, así que eso era uno de mis pasatiempos favoritos. En lo que alcanza mi memoria veo, en blanco y negro, a La Laguna siempre abierta en zanjas, rota, fría y lluviosa. Guardo muchas imágenes, que se reproducen como frases, inconexas pero que al unir las me llevan a ese tiempo de ingenuidad, donde vivía a través de los olores, de los sonidos y hoy de las ausencias. Mi abuelo Toto me llevaba muchas veces con él, subíamos por un barranco que atravesaba en diagonal lo que es hoy la calle Seis de Diciembre, cogíamos ese atajo para ir a visitar a su hermano y a mi tía que vivían en la Concepción. El barranco era poco profundo, y algunos inviernos bajaba agua corriendo, pero se podía ir por una pequeña vereda al margen derecho, para mí era toda una aventura. También recuerdo los paseos de los domingos en la Plaza del Cristo, las fotos en blanco y negro al lado de la gran fuente central, subida a un caballito al lado de mis hermanas.

En un momento de mi niñez, nos mudamos a la Esperanza, no sé el motivo porque en esa época no se les explicaba a los niños los acontecimientos que podían cambiar su vida. Pero regresé a La Laguna con ocho años y aún seguía en obras, las calles las abrían todos los años, unas veces para pasar el alcantarillado, otras el teléfono y otras no se bien para qué. Mi nueva casa era más grande, tenía el colegio cerca y por las tardes mis padres me dejaban salir a jugar fuera. Las calles eran de tierra, y cerca había una gran finca con una era donde se trillaba el trigo. Los límites de mi libertad los marcaba por el norte la Avenida Trinidad y por el Sur el lateral del colegio, cerca de la Universidad, imagino que para mis padres ese era el espacio donde yo estaba segura. Desde mi ventana se veía el edificio de la Universidad, parte de Santa Cruz y el mar. Solo había dos edificios, lo demás eran fincas y casas terreras; pero en pocos años ese paisaje urbano, casi rural, se fue transformando, y con el tiempo al pasear por las calles ya no podía recordar que casa era la que habían tirado o que finca estaba allí, la ciudad a veces me era extraña porque los cambios fueron rápidos, sin darme tiempo para poder asimilar que no sólo mi vida iba cambiando, sino que también la vida de la ciudad cambiaba.

Esa transformación tan rápida me hace pensar hoy en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, una obra escrita de Marshall Berman, título tomado del Manifiesto Comunista, un libro que leí después de muchos años de haber vivido en La Laguna y reconstruirla a través de mis primeros recuerdos. En él se aborda la Modernidad y sus diferentes aspectos. Y me lleva a reflexionar en que todos esos cambios no sólo transformaron el decorado de mi niñez, sino que también cambiaron

las relaciones sociales y económicas de mi entorno, y al igual que Marshall recurre al *Fausto* de Goethe para hablar de la modernización a través de los sueños, pienso que si todos estos recuerdos forman también parte de un sueño.

CARMEN NIEVES MARTÍN SIMÓN

¡VAMOS A FUGARNOS!

De madrugada vi correr las nubes a una velocidad asombrosa, jugando a tapar la cara de la luna. Si dijera ahora que disfruto de mi tiempo haciendo lo que me gusta podría herir sensibilidades. El mundo está continuamente transformando la realidad que conocemos. Tras una crisis financiera y una pandemia reiterativa, para mucha gente el mundo ha perdido el encanto. Hay una inquietud soterrada como en los días del volcán. La sensación de que algo falla, de que el mundo se tambalea es inevitable. Me pregunto qué utilidad puede darnos pensar así. La fuerza del mundo reside en su continuo movimiento y nada permanece igual. Así lo había asumido. Hoy cuando escuché que Rusia y Ucrania se preparan para un combate cuerpo a cuerpo todas las palabras se me descolgaron: paz, diálogo, tolerancia, respeto. Aun así, decido mantener la mente en buen estado y frente a esta penosa proyección de futuro empiezo a buscar en mi experiencia una respuesta esperanzadora.

El libro *Corazón diario de un niño*, regalo del profesor de Lengua y Literatura, retorna mis pensamientos al instituto, allí nos enseñaron a pensar por nosotros mismos; se percibía un compromiso por parte de todos los docentes más

allá de la asignatura: responsabilidad, confianza, respeto y libertad.

Cuando entró en el aula por primera vez el profesor de Matemáticas, ya llevaba el sello de presentación en su actitud. Así cada cual con su propia identidad fueron dejando huella en nosotros. Nunca nos hablaron de política, ya teníamos una profesora para eso, pero ya desde el primer año desaprobaron que dejáramos la clase vacía al grito de alguien que dijo: «¡Vamos a fugarnos!» que no era el día de San Diego. No habíamos respetado su tiempo de trabajo. Para protestar por algo había que exponer un motivo y nosotros no supimos darlo.

Más adelante, cuando se acercaban las elecciones del tres de abril del setenta y uno, estaba la foto de uno de ellos en las primeras pancartas de la democracia. Así que dejemos atrás el desaliento. Tenemos capacidad para cambiar el mundo en la medida en que respetemos sus tiempos y lo miremos con los ojos del corazón.

EVARISTA PILAR RODRÍGUEZ DE CASTRO

EL PRESENTE CON DOS OJOS

El mundo se caracteriza hoy por la complejidad y la incertidumbre, lo cual hace imposible una idea clara de su globalidad. Como, a pesar de ello, tengo que escribir sobre mi ideal mundo por mandato literario, voy a imaginar un personaje enorme, que llamaré Presente, con dos ojos igualmente enormes, uno que mira hacia el pasado y otro hacia el futuro.

El primero lo que ve es la desigualdad que llega hasta hoy desde hace milenios, cabalgando con los jinetes del apocalipsis: el sexismo o la violencia de género, el racismo o violencia racial y el clasismo o guerra de clases entre ricos y pobres. Estos tres jinetes siguen cabalgando hoy con más intensidad que nunca, pero no puedo entrar en detalles. Me limitaré a resaltar la desigualdad entre hombres y mujeres y entre ricos y pobres globales, que afecta tanto a hombres como a mujeres, aunque parece que más a ellas que a ellos. Por eso se habla de feminización de la pobreza. Las mujeres, además, acumulan los tres tipos de desigualdad: de género de raza y de clase. Por ejemplo, las migrantes. Si la pobreza se feminiza, también se infantiliza, porque la de las madres es la de los hijos e hijas. ¿Cuántas niñas y niños se mueren de hambre en el mudo, día a día?

¿Valoramos igual o damos igual valor a las vidas negras y a las blancas? ¿A las ricas y a las pobres?, ¿Qué valor le damos a las vidas de quienes se ahogan en el Mediterráneo y el Atlántico en los viajes migratorios? ¿Utilizamos los mismos criterios para valorar todas las vidas o, más bien, recurrimos a la doble moral, unos para nosotros y otros para ellos y ellas?

Ahora El Presente tuerce su cabeza y abre el ojo que mira hacia futuro. Y lo primero que ve es igualdad. El valor por el que luchan las mujeres en contra de la desigualdad y la violencia de género, impulsadas por el movimiento feminista. El mismo al que intenta devorar un monstruo conocido como ultraderecha. Para huir de él, enfocaré la igualdad en el marco de una socialdemocracia global y no sólo a la europea y española. En la palabra «socialdemocracia» hay dos componentes, «democracia» y «social». La democracia garantiza la igualdad ante la ley en la libertad de opinión; de expresión política, cultural y estética; de reunión, discusión y votación, cosa que no ocurre en las dictaduras, autocráticas y teocráticas, donde opera un poder único que impone su voluntad y su doctrina igualmente únicas. Por la violencia, si llega el caso. Ejemplo: Putin y la religión ortodoxa, cristiana, que le apoya. O el Irán islamista, cuya policía moral detiene y mata a una joven por no llevar el velo bien puesto.

Pero la igualdad ante la ley es insuficiente. Por eso entra en juego el componente social o socialista, que añade igualdad económica, mediante impuestos proporcionales entre los más ricos y los más pobres. Esos impuestos tratan de poner límites a la propiedad privada ilimitada, que es dañina para la igualdad democrática, y de financiar los

servicios sociales para favorecer a las personas más vulnerables.

La socialdemocracia o democracia social se diferencia de la democracia liberal en que esta, al defender la libertad de mercado, la propiedad ilimitada hasta cantidades billonarias, y la bajada general de impuestos, genera cada vez más desigualdad. En ella, además, juegan un papel decisivo las grandes corporaciones mediáticas, que, con la publicidad, han convertido la vida humana en vida de consumo. O vida controlada por las redes sociales como Twitter, empresa que acaba de ser adquirida como otra propiedad privada suya por el billonario norteamericano Elon Musk, por un precio de 40.000 millones de dólares. Hoy los medios de comunicación lo llevan a sus primeras páginas.

Finalmente, la socialdemocracia que ve el ojo del futuro es o debe ser global porque si no la desigualdad persistirá y el ojo del pasado no se cerrará nunca.

GABRIEL BELLO REGUERA

LAGUNEANDO

Nací en el Puerto de la Cruz, crecí con el salitre y el ruido del mar cuando estrella sus olas en el bajío. En la azotea de mi casa había un gallinero y dentro de él en lo alto había un palomar. A mi hermano y a mi nos encantaba en vacaciones meternos en el palomar para ver llegar a las palomas a cuidar de sus pichones y disfrutar de la vista que desde él se divisaba, por supuesto veíamos como rompían las olas una y otra vez y nos quedábamos hipnotizados, y así se nos pasaba la tarde sin darnos cuenta.

Desde que estaba estudiando y pasaba por La Laguna para bajar a Santa Cruz, siempre pensaba que algún día iría a vivir a esa ciudad.

Y... así fue, me casé y nos vinimos a vivir a La Laguna, pero lo que nunca pensé fue que me costaría tanto cambiar el paisaje del mar por el de las montañas y a veces su bruma. Por la noche cuando soplaba la brisa yo me despertaba oyendo el ruido del mar sin darme cuenta de que era el ruido de la brisa.

Poco a poco empecé a amar a esta ciudad, a enamorarme de la bruma cuando baja lentamente por la montaña, al sonido

del reloj de las Claras tocando el ángelus o al repique de las campanas los domingos de la Iglesia de La Concepción. A pasear entre la bruma y disfrutar cuando sientes esas pequeñas gotitas en tu rostro.

Después llegaron mis hijos y cuando hacía frío tenía miedo de que se enfermaran y no los sacaba: ¡señora saque a sus hijos a la calle para que se acostumbren!, me decía Negrín el médico y así fue, los chicos se acostumbraron al clima lagunero.

Me sigue gustando el mar y lo disfruto, pero La Laguna ya forma parte de mí, su paisaje sus historias de piratas y leyendas, sus casonas, su mercado y sus tiendas, su dulcería La Catedral, la más antigua de La Laguna, donde me gusta un domingo hacer cola para comprar el pan y de paso unos laguneros. Sus tradiciones, esas rutas guiadas donde te cuentan la historia y disfrutas y hasta te emocionas con sus relatos. Me gusta la simpatía de su gente y las tascas llenas de risas, de vida...

JOSEFINA HERREROS DELGADO

EL ALBERGUE

Mi madre aceptó la propuesta de matrimonio de mi padre con una condición: ella quería vivir en una casa propia, para manejarla a su antojo, sin intromisión de nadie. El impacto de esta afirmativa entusiasmó mucho a mi padre, a tal punto, que inmediatamente accedió a complacerla, y en poco tiempo compró un ranchito, con letrina y pila construidos sobre un amplio patio todo cercado, en un «barrio a juro» ubicado en el centro de la ciudad. Una vez casados, se mudaron a vivir allí.

Ya instalados, y a exigencia de mi madre, se comenzó a sustituir cada pared de madera por una de ladrillos, y a medida que se tumbaban las tablas, los escombros no se desecharon, sino que se iba construyendo a la par, una réplica del ranchito original, a un costado de la propiedad. En este ranchito mamá comenzó a brindar su solidaridad, alquilándolo a parejas jóvenes que venían de la provincia; la renta de este anexo era usada para mesada de mi abuela materna.

Con el tiempo, la casa nueva se fue expandiendo y se sumaron otros inquilinos. En las nuevas habitaciones se les dio albergue en algún momento a mis tíos paternos y maternos.

Al tratarse de parejas, como era de esperarse, la población de las casitas fue aumentando, allí nacimos mis dos hermanos varones y yo, y también algunos de mis primos; los partos naturales eran atendidos a domicilio para la época de los 50s, y me cuenta mi padre que, en mi caso, las campanadas de la catedral anunciando la una de la tarde, sonaron tres minutos después de mi nacimiento.

Posteriormente, la familia se mudó a vivir al bloque de una populosa parroquia, llevando consigo a los inquilinos de turno. Allí nacieron mis dos hermanas. Este apartamento sirvió de cobijo a mucha gente de la provincia, en su mayoría andinos, allí se fue albergando familiares y amigos, o recomendados por estos. Durante su estancia, unos reunían el dinero suficiente para comprar o alquilar una vivienda a la cual mudarse. Otros venían a estudiar alguna carrera técnica u oficio, y otros conseguían pareja, sea cual fuera el caso, se iban de casa a iniciar una nueva vida.

Mis padres tenían el don de la hospitalidad y la comprensión. Brindaban su ayuda sincera, sin pedir nada a cambio, y recibieron en agradecimiento mucho amor. Dejaron un legado de amor, enseñanza y perseverancia ante las circunstancias que se presentaran.

Las primas de mamá se venían de los campos de los Andes a trabajar en casas de familia como internas de lunes a sábado, y dejaban a sus hijos al cuidado de mamá, de manera que los domingos el apartamento estaba abarrotado de personas, más que todo niños.

Tuviéramos o no parentesco, a los niños que vivíamos en el apartamento nos unía un lazo fraternal, éramos criados y atendidos por una misma madre, (biológica o sustituta, según fuera el caso), comíamos la misma comida en la misma mesa, dormíamos en el mismo cuarto, compartíamos tristezas y alegrías, juegos y canciones, deberes y derechos. Nuestro padre —el de todos— se sentaba con nosotros a la mesa, y después de la comida, con su carácter apacible y tranquilo se sentaba a leer el periódico, o a fumar su cigarro, jamás nos reprendía ninguna «tremendura». Cuando escuchábamos su silbido en las escaleras anunciando su llegada de trabajar, alguno salía corriendo a abrir la puerta, o a buscarle las pantuflas.

Mamá siempre nos dio un trato igualitario, no tenía preferencias, su amor maternal traspasaba las barreras de la sangre, repartía su cariño como la comida o los postres: equitativamente. El esfuerzo que ponía mamá en el deber cotidiano es digno de admiración: la elaboración de la comida, el mantenimiento de la ropa, la supervisión de los deberes escolares, la orden del momento, el regaño oportuno, los paseos y demás.

En ese contexto fuimos creciendo a diversos ritmos, desarrollando vínculos y relaciones afectivas con personas de diferentes edades. A medida que íbamos creciendo, se iban instalando en cada uno de nosotros diferentes valores: respeto, tolerancia, solidaridad, comprensión, empatía, paciencia, caridad y hasta sana competencia.

Ya sexagenaria, viuda y sola, mi madre se fue a vivir a un apartamento en una mejor zona, y allí hasta muy avanzada

edad continuó albergando personas, tanto paisanas como extranjeras, colombianos, peruanos, dominicanos, entre los que había estudiantes. Ella, sin hacer excepción, siempre con su agradable sonrisa, abrazaba el alma de todos. Algunas de estas personas se regresaban a su país o pueblos de origen, y cuando viajaban y/o tenían que hacer diligencias en Caracas, ¿a que no saben dónde se hospedaban? ¡En la sala de la casa de mamá!

Fueron bellas las experiencias vividas en aquel albergue que fue mi hogar hasta que me casé. ¿Y a que no adivinan?... veinte años después cuando me divorcié, imité la labor que mi madre me transmitió en mi juventud, y comencé a alojar en mi casa a personas que requerían amparo, sobre todo parejas jóvenes, en su mayoría amigos o compañeros de estudio de mis hijos. Fue así como en mi casa llegaron a nacer cinco niñas de familias distintas. Inclusive cuando emigré a España dejé en casa dos familias y una chica que en ese momento estaban hospedadas.

Me complace mucho saber que aquellos albergues temporales hayan sido de provecho para hombres y mujeres de bien.

LOURDES RENGIFO AVENDAÑO

TF 38266

Mi padre conducía despacio, con mucha precaución, había empleado mucho dinero en la compra del Land Rover y sabía que tenía que cuidarlo muy bien. Tenía la certeza de que era una buena inversión, ya que aligeraba mucho el trabajo, transportaba las mercancías y a la familia, y nos permitía ahorrar mucho tiempo para poder dedicarlo a otros quehaceres. Aquel día, regresaba a casa después de recoger una caja de semillas, era tarde y aún había que organizar las tareas del día siguiente. Cogió una curva demasiado rápido y sin darse cuenta había empotrado el coche en una pared lateral de la montaña. Creo que fue la primera vez que le vi llorar y todos lloramos con él. Yo aún era una niña, creo que no llegaba a los diez años, y su dolor me llegó al alma. Unas semanas más tarde, los daños causados por el accidente estaban reparados y mi padre mucho más tranquilo.

El Land Rover estaba siempre aparcado en un lateral de la casa. En un espacio acondicionado para él, cubierto con unas planchas de uralita para que ni el rocío de la mañana, ni el sereno de la noche dañaran su plateada carrocería. Un día, después de pasarle una escobilla a la parte delantera, donde estaban los asientos, y un manguerazo a todo su

contorno, mi padre fue a buscar una garrafa de gasoil para rellenar el depósito. Después de introducir la manguera dio una fuerte aspiración para conseguir que el líquido subiera hasta el borde. De pronto, escuchamos una fuerte garraspera acompañada de potentes golpes de tos. Mi padre había ingerido parte del gasoil y apenas podía respirar. Afortunadamente, el médico llegó muy pronto y todo quedó un susto. Al día siguiente pudimos subirnos todos en el Land Rover y continuar con las rutinas diarias.

Todos los años, a finales de junio, nos reuníamos con mis tíos y mis primos y las dos familias acudíamos a celebrar la festividad del Hermano Pedro, en Granadilla. Ese día había que ponerle el toldo, para poder sentarnos todos en la parte trasera. Era un día especial y el *jeep* se vestía de etiqueta, le colocábamos los asientos de esponja, forrada en *sky* gris oscuro, lo que le daba un toque glamouroso y totalmente lavado y encerado, su chapa brillaba bajo los rayos del sol. Regresábamos a casa a últimas horas de la tarde, después de haber pasado un largo día de encuentros y celebraciones. A partir de ese momento, tras ser despojado de las prendas de gala, el Land Rover descansaba en su aparcamiento. Al día siguiente tenía que estar a punto para iniciar una nueva faena.

A veces, mis amigas y yo elegíamos la parte trasera del *jeep* para jugar, los asientos y varios cubículos que tenía cómo depósitos nos servían para instalar nuestras posesiones. Alguna vez lo usamos como teatro, colgábamos una tela de sacos de las planchas de uralita, que servía como telón de escenario y que recogíamos hacia un lado para que cada artista

podiera hacer su representación, mientras las demás aplaudíamos sentadas en los asientos laterales.

Los días que no había colegio tenía que acompañar a mis padres al campo para colaborar en las tareas agrarias. Salíamos de casa antes del amanecer y pasábamos por la panadería a recoger la bolsa de pan recién hecho, siempre uno más del necesario para comerlo en el trayecto. Me gustaba ir en la parte trasera, de pie, agarrada a las gruesas rejas que protegían los cristales de la cabina, mirando el cielo mientras esperaba la aparición de alguna estrella fugaz a la que pedir ayuda para que se cumplieran mis ansiados deseos de adolescente, mientras sentía la caricia del aire fresco en la cara y el sabor delicioso del pan calentito en mi boca.

Los años fueron pasando y el Land Rover estuvo a nuestro lado durante mucho tiempo. Un día acompañé a mi padre al Hospital, su cuerpo empezaba a manifestar los primeros síntomas de una enfermedad que años más tarde se cebaría en él. Estaba nervioso y después de avanzar una parte del trayecto, me pidió que llevara el *jeep*, pues no se sentía muy bien. Cambiamos de asiento y yo, con mi carnet de conducir casi recién estrenado, estaba temblando. Puse mis manos en el volante, comprobé los cambios y arranqué el motor, mis pies temblaron al pisar el acelerador y con un brusco vaivén me incorporé a la carretera. El Land Rover me pareció enorme y el cometido que acababa de asumir desmesurado. Al llegar a casa a medio día, después de haber traído el coche de regreso, sentía una gran satisfacción. Agradecía la confianza que mi padre había puesto en mí y sentía que el *jeep* me había aceptado como conductora auxiliar.

Nunca olvidaré aquella tarde en la que vinieron a recogerlo sus nuevos dueños. Mientras mi padre les daba todas las recomendaciones pertinentes y les pedía que lo trataran bien, porque era un buen compañero de viaje. Toda la familia mirábamos la escena con nostalgia y cuando el Land Rover Santana salió de su aparcamiento y empezó a bajar la calle, nos acercamos a mi padre y todos juntos soltamos una última lágrima mientras veíamos desaparecer aquella matrícula que se alejaba cada vez más de nuestros ojos: TF 38266

MERCEDES FRÍAS PEÑA

PROMESAS

Mi infancia transcurrió en Telde.

Recuerdo con mucha emoción la fecha del 7 de septiembre, vísperas del Pino. Mis hermanos engalanaban todos los medios de transporte que había en mi casa, mis padres invitaban a los vecinos para ir a Teror desde muy temprano para instalarnos a las afuera del pueblo y llegar a tiempo para la romería-ofrenda.

Antes de nada, había que ir a la iglesia para ver a la Patrona, me impresionaba mucho cuando veía aquellas personas de rodillas avanzando desde la calle hacia el altar. Al preguntar a mi madre porque hacían eso, ella me explicó que eran promesas que habían hecho.

Otra de las salidas de la familia era la playa donde yo disfrutaba lo máximo, tenía dos amigas hermanas que eran albinas ellas por su condición no podían disfrutar como les gustaría ya que solo podían salir de la caseta cuando el sol se ponía, esto nunca lo entendí porque no podían bañarse como yo.

Con seis años empecé la catequesis pues a los siete había que hacer la Primera Comunión, ¡qué emoción recibir a Padre Dios! Pero en realidad yo esta más emocionada por el vestido las pruebas y como iba a ir diferente a las demás niñas de la clase. Yo iría vestida con un manto celeste como la Virgen de la Concepción, yo siempre preguntaba el porqué de las cosas, mi madre con mucha paciencia me explico:

Cuando tenías cuarenta días de nacida te dio la tos ferina.

Nos cambiamos de casa más al sur y cerca de la costa era lo único que podíamos hacer, y yo le ofrecí a la Purísima que si té salvabas cuando hicieras la Primera Comunión te vestiría con su manto. Recordé el significado de las promesas y de las personas de Teror.

Mi colegio era femenino y laico, capítulo importante de mi infancia y mi maestra la Señorita Esther Oliva, era una persona maravillosa a quien recordamos con mucho cariño todas sus antiguas alumnas.

PINO SUÁREZ RODRÍGUEZ

ÍNDICE

- 11 PRÓLOGO, *Rubens Ascanio Gómez*
15 UN MUNDO NUEVO, *Antonia Molinero*

PRIMERA CONVOCATORIA

- 19 DE LLANERA A CORNUDA, *Beatriz Bolívar Villarreal*
21 MIS PENDIENTES, *Esmeralda Fernández González*
25 EL SOMBRERO DE LUIS, *Inmaculada Toribio Ortega*
27 VOLVER A EMPEZAR, *José Luis Moreno Alemán*
31 EL DESPERTAR DE UNA VIDA TRISTE,
Pablo Manuel Rodríguez Lorenzo
35 UN MUNDO NUEVO,
María del Carmen Hernández Armas
37 EL ARCÓN DE MI CASA,
María de los Desamparados González Trujillo
39 LE HUBIERA HECHO TRIZAS,
Milagros González Concepción
43 EL BARRANCO DE MI INFANCIA,
María Isabel González Rodríguez
45 LOS HORNOS DE CASTRILLO,
Nazarío Prieto de las Heras

SEGUNDA CONVOCATORIA

- 51 AMOR, *Angelina Coello Albertos*
55 EL PUZLE: LAS TRES EN MÍ, *María Cabrera Expósito*
59 MIS ALMOHADAS, *María Candelaria Pérez Díaz*
61 INFANCIA: CRUCE DE CAMINOS,
María Luisa Áurea Tejera
65 PRESAGIO DE UNA MUERTE,
María Magdalena Méndez Pérez
69 LA VIDA PASÓ TAN RÁPIDO QUE NO LO VI VENIR,
María Quiles del Castillo
71 EL DÍA QUE LA CONOCÍ, *Miguel Guijarro Martos*
73 MI MADRE, *Genoveva Linares Hernández*
77 LENTES, *Teresa de los Ángeles Sánchez Deniz*

TERCERA CONVOCATORIA

- 83 BANCA PÚBLICA ES UTOPIÍA, *Amparo Martín Expósito*
87 LA RAMA DE LA LECHUZA,
Candelaria Pineda Hernández
91 TRANSFORMACIONES, *Carmen Nieves Martín Simón*
95 ¡VAMOS A FUGARNOS!,
Evarista Pilar Rodríguez de Castro
97 EL PRESENTE CON DOS OJOS, *Gabriel Bello Reguera*
101 LAGUNEANDO, *Josefina Herreros Delgado*
103 EL ALBERGUE, *Lourdes Rengifo Avendaño*
107 TF 38266, *Mercedes Frías Peña*
111 PROMESAS, *Pino Suárez Rodríguez*

Este
libro se
terminó de
imprimir el día **XX**
de noviembre de dos mil
veintidós en Málaga. Compuesto
en tipos Goudy y Lino Let-
ter sobre papel ahue-
sado de 90
gramos



